

El descontento con la globalización

Joseph E. Stiglitz*
Masiosate

Los acontecimientos del 11 de septiembre produjeron una alianza global contra el terrorismo. La que ahora necesitamos no es sólo una alianza contra el mal, sino una alianza en pro de algo positivo: una alianza global para reducir la pobreza para un mejor ambiente, para crear una sociedad global con más Justicia social.

Pocos temas han polarizado tanto las opiniones en todo el mundo como la globalización. Algunos la ven como el camino del futuro, que traerá prosperidad sin precedente a todos en todas partes. Otros, simbolizados por los manifestantes de Seattle en diciembre de 1999, la consideran fuente de incontables problemas, desde la destrucción de las culturas nacionales hasta el creciente empobrecimiento. En este artículo me propongo dilucidar los diferentes significados del término. En muchos países la globalización ha acarreado enormes beneficios a unos cuantos y unos cuantos beneficios a casi todos. En unas cuantas naciones, ha traído enormes beneficios a muchos. ¿Por qué se ha dado tal diversidad de experiencias? La respuesta es que la globalización tiene significados distintos en diferentes lugares.

Las naciones que han manejado la globalización por sí mismas, como las del este de Asia, se han asegurado en términos generales de obtener grandes beneficios y de distribuirlos con equidad; estuvieron en condiciones de controlar los términos en que se involucraron en la economía global. En contraste, las naciones que han dejado que la globalización les sea manejada por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras instituciones económicas internacionales no han obtenido tan buenos resultados. El problema, por lo tanto, no reside en la globalización en sí, sino en la forma de manejarla.

Y las instituciones financieras internacionales han impulsado una ideología particular fundamentalismo del mercado que no es 'buena ni como política ni como economía; se basa en premisas relativas al funcionamiento de los mercados que no se sostienen ni en los países desarrollados, mucho menos en naciones en desarrollo. El FMI ha postulado estas políticas económicas sin adoptar una visión más amplia de la sociedad ni de la función de la economía en la sociedad. Y las ha impuesto en formas que han socavado las democracias emergentes.

En términos más generales, la globalización como tal ha sido manejada mediante

* "Premio Nobel de liconomía; fue vicepresidente del Banco Mundial

procedimientos antidemocráticos y desventajosos para las naciones en desarrollo, en especial las que son pobres. Los manifestantes de Seattle denunciaban la ausencia de democracia y de transparencia, el manejo de las instituciones económicas internacionales por parte y para beneficio de intereses corporativos y financieros, y la ausencia de controles y contrapesos democráticos que garanticen que esas instituciones públicas e informales sirvan al interés general. En esas quejas hay más que un grano de verdad.

Globalización benéfica

De todos los países, los del este de Asia han crecido más rápido y han hecho más por reducir la pobreza. Y lo han hecho, resáltémoslo, vía «globalización». Su crecimiento se ha basado en las exportaciones, aprovechando el mercado global de exportaciones y cerrando la brecha tecnológica. Las diferencias que separan a los países desarrollados de los menos desarrollados no son sólo de capital y otros recursos, sino de conocimiento. Los países esteasiáticos aprovecharon la «globalización del conocimiento» para reducir estas disparidades. Sin embargo, mientras algunos países de la región crecieron abriéndose a las compañías transnacionales, otras, como Corea y Taiwán, crecieron creando empresas propias. Esta es la distinción clave: algunos de los países que han tenido mayor éxito en la globalización determinaron su propio ritmo de crecimiento; cada una se aseguró al crecer de que los beneficios se distribuyeran con equidad y rechazó las presunciones básicas del «consenso de Washington», que postulaban una intervención mínima del gobierno y una rápida privatización y liberalización.

En el este de Asia, el gobierno asumió un papel activo en el manejo de la economía. La industria del acero que creó el gobierno coreano se contó entre las más eficientes del mundo, con un desempeño que excedió con mucho el de sus rivales de Estados Unidos (las cuales, aunque de capital privado, se vuelven continuamente hacia el gobierno en demanda de protección y subsidios). Los mercados financieros estaban sumamente reglamentados. Mi investigación muestra que esas reglamentaciones estimulaban el crecimiento. Sólo cuando esos países redujeron regulaciones, bajo presión del Tesoro de Estados Unidos y el FMI, surgieron las dificultades.

Durante los decenios de 1960, 1970 y 1980, las economías esteasiáticas no sólo crecieron con rapidez, sino gozaron de notable estabilidad. Dos de los países más afectados por las crisis económicas de 1997-1998 no habían tenido un solo año de crecimiento negativo en las tres décadas anteriores, y dos sólo tuvieron uno, lo cual constituye un desempeño mucho mejor que el de Estados Unidos y otras naciones ricas que forman la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). El factor de mayor peso en los problemas que varias naciones esteasiáticas sufrieron a fines de la década de 1990 la crisis del este de Asia fue la rápida liberalización de los mercados financieros y de capitales. En pocas palabras, los países esteasiáticos

se beneficiaron de la globalización porque la hicieron trabajar en su favor; pero cuando sucumbieron a las presiones del exterior se encontraron con dificultades que estaban más allá de su capacidad de manejarlas adecuadamente.

La globalización puede producir inmensos beneficios. En el mundo desarrollado, la globalización del conocimiento ha traído mejoras en la salud y una rápida expansión de las expectativas de vida. ¿Cómo se puede poner precio a estos beneficios? Y existen otros: asistimos actualmente al nacimiento de una sociedad civil globalizada que comienza a tener éxito con reformas tales como el Tratado de Prohibición de Minas Personales y la condonación de la deuda de las naciones más pobres (el movimiento Jubileo). El propio movimiento antiglobalizador no habría sido posible sin la globalización.

El lado oscuro

¿Cómo es, entonces, que una tendencia que tiene tantos beneficios potenciales ha producido tanta oposición? Sencillamente porque no sólo no ha rendido ese potencial, sino que con frecuencia ha tenido efectos muy adversos. Pero esto nos obliga a preguntar: ¿por qué ha tenido esos efectos? La respuesta puede verse al examinar cada uno de los elementos económicos de la globalización según la pretenden las instituciones financieras internacionales, en particular el FMI.

Los efectos más negativos han surgido de la liberalización de los mercados financieros y de capital, la cual ha planteado a los países en desarrollo riesgos sin beneficios compensatorios. La liberalización los ha convertido en presas del dinero caliente que fluye hacia el país, crea bonanzas especulativas y de pronto, al cambiar el sentimiento del inversionista, se marcha y deja una estela de devastación económica. Al principio el FMI afirmaba que estas naciones recibían su merecido por aplicar políticas económicas incorrectas, pero, a medida que la crisis se extendía de país en país, hasta aquéllos a los que el organismo concedía altas calificaciones sufrieron los estragos.

El FMI habla a menudo de la importancia de la disciplina que proporcionan los mercados de dinero. Con ello exhibe cierto paternalismo, una nueva forma de la vieja mentalidad colonial: «nosotros los del establishment, nosotros los del Norte, que manejamos nuestros mercados de capitales, sabemos más que ustedes: hagan lo que les decimos y prosperarán». La arrogancia es ofensiva, pero la objeción va más allá del estilo. Se trata de una postura altamente antidemocrática: lleva implícita la idea de que la democracia por sí misma no produce disciplina suficiente. Pero si uno acepta que una fuente externa lo discipline, pues busca a alguien que sirva para ello, que sepa lo que es bueno para crecer y comparta sus propios valores. Uno no busca un capataz arbitrario y caprichoso que un día elogia sus virtudes y al otro lo regaña por ser corrupto hasta la médula.

Los mercados de capital son ese capataz voluble: incluso sus ardientes partidarios critican sus arranques de exuberancia irracional seguidos de un pesimismo igualmente irracional.

Lecciones de la crisis

En ningún momento fue más evidente esa volubilidad que en la crisis financiera global. Históricamente, la mayoría de las perturbaciones en los flujos de capital en un país determinado no son resultado de factores internos, sino que surgen de influencias externas. Cuando Argentina se encontró de pronto con altas tasas de interés en 1998, no fue a causa de lo que hubiera hecho, sino de lo que ocurrió en Rusk. No se puede culpar a Argentina de la crisis rusa.

A las naciones pequeñas en desarrollo les resulta virtualmente imposible resistir esta volatilidad. He descrito la liberalización de los mercados de capitales con una metáfora simple: los países pequeños son como embarcaciones pequeñas. Liberalizar los mercados de capitales es como dejarlos a la deriva en un mar embravecido. Aun si el capitán es hábil, aun si la embarcación es sólida, es probable que una marejada la golpee por la borda y la haga volcar. Pero el FMI empujó las embarcaciones hacia las aguas más turbulentas sin que estuvieran listas para navegar, con capitanes y tripulantes bisoños y sin salvavidas. ¡Qué de raro tiene que las cosas hayan resultado tan mal!

Para ver por qué es importante escoger para disciplinarse a alguien que comparta los valores propios, pensemos en un mundo en que hubiese libre movilidad de mano de obra calificada. Esa mano de obra brindaría disciplina. Actualmente, si un país no trata bien al capital, éste se retira con rapidez; en un mundo con libre movilidad de trabajadores, si un país no tratara bien a la mano de obra calificada, ésta también se marcharía. Los trabajadores se preocuparían por la calidad de la educación para sus hijos y la atención en salud para su familia, la calidad del medio ambiente y de sus salarios y condiciones laborales. Dirían al gobierno: si no nos proporcionas esos beneficios esenciales, nos iremos a otra parte. Sería, en suma, algo muy diferente a la disciplina que proporciona el libre flujo de capitales.

La liberalización de los mercados de capitales no ha producido crecimiento: ¿cómo se pueden instalar fábricas o crear empleos con dinero que entra y sale de un país de la noche a la mañana? Y cada vez se pone peor: la prudencia aconseja que las naciones cuenten con reservas monetarias equivalentes al monto de su deuda a corto plazo, de modo que si una empresa de un país pobre pide prestados 100 millones de dólares a corto plazo a un banco estadounidense, a una tasa digamos de 20 por ciento, el gobierno debe apartar una cantidad correspondiente. Pero cuando pide prestado paga una alta tasa de interés, 20 por ciento, mientras que cuando presta recibe una tasa baja, alrededor de 4 por ciento. Esto puede resultar excelente para Estados Unidos, pero malamente puede contribuir al crecimiento de un país pobre. Existe también un alto costo

de las reservas en términos de oportunidad: el dinero estaría mucho mejor empleado en construir caminos, escuelas o clínicas. En cambio el país se ve obligado a hacer lo que en términos prácticos es un préstamo a Estados Unidos.

Tailandia ilustra las verdaderas ironías de tales políticas: allí el libre mercado condujo a inversiones en edificios de oficinas desocupados, privando a otros sectores, como

educación y transporte, de recursos que mucho necesitaban. Mientras el FMI y Estados Unidos no se hicieron presentes, el país restringía los préstamos bancarios para la especulación en bienes raíces. Los tailandeses conocían la historia: tales préstamos son parte esencial del ciclo de bonanza y decadencia que ha caracterizado al capitalismo durante 200 años. Querían asegurarse de que el escaso capital disponible se destinara a crear empleos. Pero el FMI vetó esta intervención en el mercado libre: si el mercado libre ordenaba «construyan edificios de oficinas que no se van a ocupar», eso había que hacer. El mercado sabía más que cualquier burócrata que equivocadamente pudiera pensar que quizá fuese mejor construir fábricas o escuelas.

Los costos de la volatilidad

La liberalización de los mercados de capitales viene acompañada inevitablemente de una enorme volatilidad, la cual impide el crecimiento e incrementa la pobreza. Aumenta los riesgos de invertir en el país, y por tanto los inversionistas exigen un bono de riesgo en forma de utilidades mayores que las normales.

No sólo no se estimula el crecimiento, sino que se expande la pobreza por varios canales. La alta volatilidad incrementa la probabilidad de recesiones, y los pobres son siempre quienes llevan la peor parte de tales decaimientos. Incluso en los países desarrollados son débiles o inexistentes las redes de seguridad para quienes trabajan por su cuenta o en el sector rural; pero en los países en desarrollo éstos son los sectores dominantes. Sin redes de seguridad adecuadas, las recesiones que son consecuencia de la liberalización de los mercados de capitales conducen al empobrecimiento. En nombre de la disciplina presupuestaria y de la tranquilidad de los inversionistas, el FMI exige invariablemente reducir el gasto gubernamental, lo cual produce como consecuencia casi inevitable recortes en los sistemas de redes de seguridad, de por sí endebles.

Las cosas son peores aún, porque conforme a las doctrinas de la «disciplina de los mercados de capitales», si los países tratan de gravar el capital, éste huye. Por consiguiente, las doctrinas del FMI conducen invariablemente a un incremento en las cargas impositivas de los pobres y la clase media. Así, mientras las garantías del fondo permiten a los ricos sacar su dinero en los términos más favorables (a tasas de cambio sobrevaluadas), la carga de pagar los préstamos recae sobre los trabajadores que se quedan en los países.

Si hago hincapié en la liberalización de los mercados de capitales es por lo apremiante que resulta oponerse a ella y a la forma en que la impone el FMI. Ilustra lo que puede resultar dañino de la globalización. Aun economistas como Jagdish Bhagwati, decididos partidarios del mercado libre, se dan cuenta de la locura de liberalizar los mercados de capitales. A últimas fechas parece que también el fondo se ha percatado de ella ¿al menos en su retórica oficial, aunque no en sus políticas?, pero demasiado tarde para todas las naciones que han sufrido tanto por aplicar sus recetas.

Si bien hay razones importantes para apoyar la liberalización del comercio ¿cuando se realiza de manera apropiada?, la forma en que el FMI la impulsa ha resultado problemática en extremo. La lógica esencial es simple: se supone que la liberalización comercial propicia que los recursos se trasladen de sectores ineficientes que han gozado de protección gubernamental a sectores exportadores más eficientes. El problema no es sólo que se destruyen plazas laborales antes que se creen otras ¿con el desempleo y la pobreza consecuentes?, sino que los «programas de ajuste estructural» del fondo (diseñados con la intención, según se dice, de dar seguridad a los inversionistas globales) vuelven casi imposible crear empleos, pues a menudo vienen acompañados de altas tasas de interés, justificadas con un énfasis único en contener la inflación. A veces esa preocupación es merecida, pero con frecuencia se lleva al extremo. En Estados Unidos nos preocupa que incrementos pequeños en las tasas de interés desestimen la inversión; pues bien, el FMI ha presionado por tasas mucho más altas en países que cuentan con un ambiente mucho menos favorable para invertir. Las tasas altas de interés significan que no se crearán nuevas empresas y empleos. Lo que ocurre es que la liberalización comercial, en vez de trasladar a trabajadores de empleos poco productivos a otros de alta productividad, los lleva de empleos poco productivos al desempleo. Más que impulsar el crecimiento, el efecto es incrementar la pobreza. Para empeorar las cosas, la injusta agenda de la liberalización comercial obliga a los países pobres a competir con la agricultura estadounidense o europea, que recibe cuantiosos subsidios.

Manejo de la globalización

A medida que la economía de mercado madura en los países, se ha reconocido cada vez más la importancia de establecer reglas para gobernarla. Hace 150 años, muchos países experimentaban un proceso interno que era en ciertas formas análogo a la globalización. En Estados Unidos, el gobierno promovió la formación de la economía nacional, la construcción de vías férreas y el desarrollo del telégrafo, todo lo cual redujo los costos de transporte y comunicación dentro del país. El gobierno electo en forma democrática vigilaba este proceso, supervisando y regulando, equilibrando intereses, amortiguando las crisis y limitando las consecuencias adversas de un cambio tan enorme en la estructura económica. Así, por ejemplo, en 1863 instituyó la primera autoridad reguladora de la banca y las finanzas ¿la Oficina del Contralor de la Moneda?, porque era

muy importante contar con bancos nacionales fuertes, y eso requería de reglamentaciones estrictas.

Estados Unidos, una de las democracias industriales menos estatistas, adoptó otras políticas. La agricultura, ocupación central del país a mediados del siglo XIX, estaba fundamentada en la ley Morrill de 1862, la cual establecía programas de investigación, extensión y enseñanza. Ese sistema funcionó extremadamente bien y se le acredita haber tenido un papel toral en los enormes incrementos de la productividad agrícola ocurridos en el pasado siglo y medio. Se instauraron políticas para otras industrias en ciernes, entre ellas la radiodifusión y la aviación civil. La industria de las telecomunicaciones, con la primera línea de telégrafo entre Baltimore y Washington, fue fundada por el gobierno federal. Y es una tradición que ha continuado, con la fundación de la Internet por parte del gobierno federal.

En contraste, en el actual proceso de globalización tenemos un sistema que llamo manejo global sin gobierno global. Instituciones como la Organización Mundial de Comercio, el FMI, el Banco Mundial y otras conforman un sistema ad hoc de manejo global, pero está muy lejos de ser un gobierno global y carece de un mecanismo democrático de rendición de cuentas. Tal situación no sólo induce a preguntarse si no se estarán tirando por la borda valores importantes, sino que ni siquiera fomenta el crecimiento en tanto instaura un poder alternativo.

Manejo por ideología

Consideremos el contraste entre la forma en que se toman las decisiones económicas en Estados Unidos y en las instituciones económicas internacionales. Las decisiones económicas del gobierno estadounidense se toman en buena medida en el Consejo Económico Nacional, formado por el secretario del Trabajo, el de Comercio, el presidente del Consejo de Asesores Económicos, el secretario del Tesoro, el procurador general asistente en materia antimonopólica y el representante comercial. El Tesoro representa un solo voto y con frecuencia pierde las votaciones. Todos estos funcionarios, por supuesto, forman parte de un Poder Ejecutivo que responde ante el Congreso y ante los electores. En la arena internacional, en cambio, sólo se escuchan las voces de la comunidad financiera. El FMI responde a los ministros de finanzas y a los gobernadores de los bancos centrales, y uno de los aspectos básicos de su agenda es dar mayor independencia a esos bancos, lo cual significa hacerlos menos responsables en términos de democracia. Poco importaría si el FMI sólo se ocupara de asuntos relevantes para la comunidad financiera, pongamos por caso la aprobación de cheques, pero de hecho sus políticas afectan todos los aspectos de la vida. Obliga a los países a aplicar estrictas medidas monetarias y fiscales; evalúa el equilibrio entre empleo e inflación y siempre da más peso a la inflación que a los empleos.

El problema de que el FMI ¿y por tanto la comunidad financiera? ponga las reglas del

juego no es sólo cuestión de valores (aunque eso es importante), sino también de ideología. Predomina la visión del mundo de la comunidad financiera, pese a que está apoyada por muy pocas evidencias. De hecho, mantiene con tal fuerza sus creencias sobre temas claves, que le parece innecesario darles sustento teórico y empírico.

Recordemos otra vez la posición del FMI en cuanto a la liberalización de los mercados de capitales. Como se indicó, el fondo impulsó un conjunto de políticas que expusieron a los países a graves riesgos. Uno hubiera creído, dada la evidencia de los costos, que el organismo tendría montones de pruebas de que las políticas también rindieron algún buen resultado. En realidad no hubo tales pruebas: todos los indicios mostraban escasos efectos en el crecimiento, si es que los hubo. La ideología permitió a los directivos del fondo no sólo hacer caso omiso de la ausencia de beneficios, sino aun pasar por alto los enormes costos impuestos a las naciones.

Injusta agenda comercial

La agenda de la liberalización comercial ha sido fijada por el Norte o, más exactamente, por intereses especiales del Norte. En consecuencia, una parte desproporcionada de las ganancias ha ido a dar a los países industriales avanzados, y en algunos casos las naciones menos desarrolladas han salido perdiendo. Después de la última ronda de negociaciones comerciales, la Ronda Uruguay, que terminó en 1994, el Banco Mundial calculó las pérdidas y ganancias de cada región del mundo. Estados Unidos y Europa tuvieron enormes ganancias; en cambio, África subsahariana, la región más pobre del mundo, tuvo pérdidas de alrededor de 2 por ciento por efecto de los términos acordados: las negociaciones abrieron sus mercados a bienes manufacturados en los países industriales, pero no abrieron los mercados europeo y estadounidense a los productos agrícolas en los que las naciones pobres a menudo tienen ventaja competitiva. El acuerdo comercial tampoco eliminó los subsidios a la agricultura que dificultan tanto la competencia a los países en desarrollo.

Las negociaciones de Estados Unidos con China relativas a la admisión de ésta en la Organización Mundial de Comercio mostraron una doble moral que rayó en lo surrealista. El representante comercial estadounidense, que condujo la negociación, comenzó insistiendo en que China era un país desarrollado. A los países en desarrollo se les permite un periodo de transición más largo, durante el cual pueden aplicar subsidios estatales y otras excepciones a las severas reglas de la organización. China desearía sin duda ser un país desarrollado, con ingresos per cápita como los de Occidente y, como tiene gran número de cápitás, es posible multiplicar un gran número de personas por promedios de ingreso muy pequeños y concluir que es una gran economía. Sin embargo, no sólo es un país en desarrollo, sino además una economía de bajos ingresos. Pese a ello Estados Unidos insistió en que recibiera trato de país desarrollado. China accedió a tal ficción, y la negociación se llevó tanto tiempo que obtuvo cierto tiempo adicional para hacer ajustes. La verdadera hipocresía se reveló cuando los negociadores

estadunidenses pidieron que se le concediera estatus de país en desarrollo para dar tiempo a Estados Unidos de proteger su industria textil.

Las negociaciones comerciales en las industrias de servicio también ilustran la dispereja superficie del campo de juego. ¿Cuáles fueron las industrias de servicio que Estados Unidos calificó de muy importantes? Las de servicios financieros, en las cuales Wall Street tiene ventaja comparativa. La construcción y los servicios marítimos no se incluyeron en la agenda, porque en esos rubros la ventaja comparativa sería para los países en desarrollo.

Considérense también los derechos de propiedad intelectual, que son importantes para estimular a los innovadores (aunque muchos abogados corporativos de la propiedad intelectual exageran su importancia sin tomar en cuenta que buena parte de las investigaciones más importantes, como las que se realizan en ciencia y matemáticas, no son patentables). En esos derechos, como son patentes y marcas, se necesita equilibrar los intereses de los productores con los de los usuarios, que no sólo son los de naciones en desarrollo, sino también los investigadores en países desarrollados. Si damos baja rentabilidad al inventor, frenamos la invención; si imponemos un precio demasiado alto a la comunidad de investigación y al usuario final, retardamos la difusión de las innovaciones y sus efectos benéficos en el nivel de vida.

En las etapas finales de las negociaciones en Uruguay, tanto la Oficina de Políticas sobre Ciencia y Tecnología de la Casa Blanca como el Consejo de Asesores Económicos expresaron preocupación de que no se hubiese logrado un equilibrio correcto, es decir, que se hubieran puesto los intereses de los productores por encima de los de los usuarios. Les inquietaba que ese desequilibrio llegara a obstruir el ritmo del progreso y la innovación. Después de todo, el conocimiento es el elemento más importante de la investigación, y fortalecer los derechos de propiedad intelectual puede incrementar el precio de ese elemento. También les preocupaban las consecuencias de negar a los pobres medicamentos que pueden salvar la vida. Más tarde, este asunto cobró atención internacional en el contexto del suministro de medicamentos para enfermos de sida en Sudáfrica. La indignación internacional forzó a las compañías farmacéuticas a retroceder, y parece ser que en adelante se circunscribirán las consecuencias más adversas. Vale la pena mencionar, sin embargo, que al principio hasta el gobierno estadounidense, del Partido Demócrata en ese entonces, apoyaba a las compañías farmacéuticas.

De lo que no estábamos totalmente conscientes era de otro peligro que ha venido a conocerse como biopiratería, el cual se refiere a que los laboratorios farmacéuticos transnacionales obtengan patentes sobre medicinas tradicionales. No sólo pretenden ganar dinero a partir de recursos y conocimientos que pertenecen a los países en desarrollo, sino que al hacerlo aplastan a empresas locales que desde hace mucho tiempo suministraban esas medicinas. Aunque no está claro si tales patentes se

sostendrían en los tribunales en caso de que se entablaran demandas efectivas en su contra, es evidente que las naciones menos desarrolladas quizá no cuenten con los recursos jurídicos y financieros necesarios para presentar semejante batalla legal. El tema se ha convertido en fuente de enorme preocupación emocional y potencialmente económica en todo el mundo en desarrollo. El otoño pasado, cuando visité un pueblo de la zona andina de Ecuador, escuché al alcalde indígena denunciar la forma en que la globalización ha conducido a la biopiratería.

La globalización y el 11 de septiembre

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 trajeron a Estados Unidos un lado aún más oscuro de la globalización: proporcionó una arena global a los terroristas. Los sucesos y discusiones posteriores pusieron de relieve aspectos más amplios del debate sobre la globalización. Hicieron patente lo insostenibles que son las posiciones unilaterales estadounidenses. El presidente Bush, que había rechazado el acuerdo internacional dirigido a reducir uno de los riesgos globales a largo plazo percibidos por la mayoría de los países ¿el calentamiento global, del cual Estados Unidos es el principal responsable? convocó a una alianza global contra el terrorismo. El gobierno se dio cuenta de que para tener éxito se requería de la acción concertada de todos.

Washington descubrió pronto que una de las formas de combatir a los terroristas era cortar sus fuentes de financiamiento. Desde el principio de la crisis de Medio Oriente, la atención mundial se ha concentrado en los centros bancarios alternos y sus políticas de secreto. Las discusiones que surgieron de esa crisis pusieron énfasis en la importancia de contar con buena información transparencia y apertura?, pero en los países en desarrollo. Cuando las discusiones se volvieron hacia la falta de transparencia mostrada por el FMI y los centros bancarios alternos, el Tesoro de Estados Unidos cambió de tonada. Si se han colocado miles de millones de dólares en esos paraísos bancarios secretos no es porque brinden mejores servicios que los bancos de Nueva York o Londres, sino porque el secreto sirve a varios propósitos perversos, entre ellos la evasión fiscal y el lavado de dinero. Sería posible clausurar esas instituciones de la noche a la mañana ¿u obligarlas a cumplir normas internacionales? si así lo desearan Estados Unidos y los otros países líderes. Si continúan existiendo es porque sirven a los intereses de la comunidad financiera y de los ricos. Su existencia no es accidental; de hecho, la OCDE esbozó un acuerdo para limitar su alcance... y antes del 11 de septiembre, Bush rechazó también ese acuerdo. ¡Qué torpe parece esa acción ahora! Si lo hubiera respaldado, estaríamos mucho más adelante en el camino de controlar el flujo de dinero hacia las manos de los terroristas.

Hay un aspecto de la secuela del 11 de septiembre que vale la pena resaltar. Estados Unidos ya estaba en recesión, pero el ataque complicó las condiciones. Solía

decirse que cuando Estados Unidos estornudaba a México le daba pulmonía. Con la globalización, el estornudo estadounidense pone en riesgo de pulmonía a buena parte del mundo, y ahora Estados Unidos padece una influenza grave. Con la globalización, la errónea política macroeconómica estadounidense ¿el fracaso en diseñar un paquete efectivo de estímulos? tiene consecuencias en todo el planeta. Y en todas partes crece la indignación hacia las políticas tradicionales del FMI. Los países en desarrollo están diciendo a los industrializados: «cuando ustedes experimentan un retroceso, siguen los preceptos que nos enseñan en los cursos de economía: adoptan políticas monetarias y fiscales que promueven el crecimiento. Pero cuando nosotros experimentamos un retroceso, insisten en que adoptemos medidas que frenan el crecimiento. Para ustedes está bien tener déficits; para nosotros están prohibidos, aun si obtenemos fondos mediante la venta de anticipada de recursos naturales». Prevalece una acentuada sensación de desigualdad, en parte por las enormes consecuencias de mantener políticas de contención.

Justicia social global

Hoy, en buena parte del mundo en desarrollo, la globalización está en tela de juicio. Por ejemplo en Latinoamérica, después de un breve periodo de crecimiento a principios de la década de 1990, se han instaurado el estancamiento y la recesión. El crecimiento no fue sostenido; algunos dirían que no era sostenible. De hecho, en esta coyuntura, el historial de crecimiento de la llamada era posreformista no es mejor, y en algunos países es mucho peor, que en el muy criticado periodo de sustitución de importaciones de los decenios de 1950 y 1960, cuando los países de la región trataban de industrializarse a base de restringir las compras al exterior. De hecho, los críticos de la reforma señalan que el efímero crecimiento de principios del decenio de 1990 fue apenas una «carrerita» que ni siquiera compensó la década perdida de 1980.

En toda la región la gente se pregunta: «¿falló la reforma o falló la globalización?» La distinción es tal vez artificial, porque la globalización estaba en el centro de las reformas. Incluso en las naciones que se las arreglaron para crecer, como México, los beneficios se han concentrado en el 30 por ciento más rico de la población, sobre todo en el 10 por ciento más alto. Los de abajo han ganado poco, y muchos están peor. Las reformas han expuesto a las naciones a riesgos mayores, y estos han recaído injustamente en los que menos preparados están para afrontarlos. Al igual que en muchos países donde el ritmo y secuencia de las reformas han hecho que sea mayor la destrucción que la creación de empleos, así también la exposición a riesgos sobrepasó la capacidad de crear instituciones que les hagan frente, entre ellas redes de seguridad efectivas.

En este yermo panorama pueden encontrarse algunos signos positivos. Los del Norte se han vuelto más conscientes de las desigualdades de la arquitectura económica global. El acuerdo de Doha de llevar a cabo una nueva ronda de negociaciones comerciales

¿la «ronda del desarrollo»? promete rectificar algunos de los desequilibrios del pasado. Se ha producido un cambio marcado en la retórica de las instituciones económicas internacionales; por lo menos ya hablan de pobreza. En el Banco Mundial se han efectuado algunas reformas verdaderas, y se ha notado cierto progreso en trasladar la retórica a la realidad, en asegurar que se escuchen las voces de los pobres y se tomen en cuenta las preocupaciones de las naciones en desarrollo. Fuera de ahí, sin embargo, existe a menudo un abismo entre la retórica y la realidad. No se han puesto en la mesa de discusiones reformas serias en el manejo de la economía global, en cuanto a quién toma decisiones y cómo se toman. Si uno de los problemas del FMI es que se ha dado un peso desproporcionado a la ideología, los intereses y las perspectivas de la comunidad financiera de los países industrializados (en asuntos cuyos efectos van mucho más allá de las finanzas), las posibilidades de éxito en las actuales discusiones de reforma son magras, pues sigue predominando ese sector. Lo más probable es que produzcan ligeros cambios en la forma de la mesa, mas no en cuanto a quién se sienta a la mesa y qué asuntos se incluirán en la agenda.

Los acontecimientos del 11 de septiembre produjeron una alianza global contra el terrorismo. Lo que ahora necesitamos no es sólo una alianza contra el mal, sino una alianza en pro de algo positivo: una alianza global para reducir la pobreza y crear un mejor ambiente, para crear una sociedad global con más justicia social.